

Jacques Brosse
LA ALEGRÍA DEL MOMENTO

TRADUCCIÓN DE RAFAEL-JOSÉ DÍAZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

MARZO

Jueves 15

Acaba de llegar de Senegal o de Níger. Al mirar por la ventana, lo he visto fuera picoteándola. Así nos hemos encontrado.

¿Quería avisarnos de su regreso? Parecería ridículo pensarlo. Y, sin embargo, inmediatamente después, se ha presentado en el otro extremo de la casa, revoloteando delante de la ventana de la habitación de Simonne, insistiendo para estar seguro de que ella lo ha visto. Con el mosquetero común, el primero de los pájaros migratorios, la primavera ha vuelto: está llamando a la ventana.

Viernes 16

El recién nacido no descubre a su madre: la reconoce; no descubre el mundo: lo vuelve a encontrar. Cada vez que lo recuerdo, me asombro por haber podido olvidarlo.

Sábado 17

En el silencio del crepúsculo, suena a intervalos regulares una sola nota, clara y aflautada; otras le responden en un tono ligeramente distinto; esto produce un alegre carillón, el ángelus vespertino. Los sapos parteros están en amores.

Domingo 18

Encima de la puerta de la habitación que me asignan durante los retiros se ha encendido una señal verde que nunca había visto. Indica: salida. ¿Seré, para quienes me visitan, una salida de emergencia?

Lunes 19

Ya no veo el narciso blanco que desde hacía varios días estaba frente a mí sobre la mesa mientras, frente a él, yo me *narciseaba* en el papel. Lo había recogido en el jardín como prototipo de todos los que allí florecen ahora mismo, tal vez porque su blancura me había conmovido como un recuerdo perdido.

Lo había olvidado, cuando, en un tren, cerrando los ojos, se me apareció. Ya no era él, sino su boceto, de un blanco aún más blanco. Ya no era un narciso: era el Verbo, la Palabra que nadie escucha, expresándose a través de esa boca abierta y silenciosa. A su alrededor, los dos pétalos multiplicados por tres, las seis alas del serafín, estaban colocados uno encima del otro. ¿Se había vuelto angelical el pagano narciso?

Sabía bien que esa *idea* del narciso era absurda, y mis palabras, una locura. Esa boca era sólo una corona y, en ese orificio, no era una lengua lo que veía, sino un órgano femenino, el pistilo. Sin embargo, me quedé atónito, porque había vislumbrado, con los ojos cerrados, la presencia del misterio. De repente me eché a reír. Había olvidado que era un narciso de los prados. Luego recordé que, en Siena, en el hotel Santa Caterina, nos habían reservado la *camera dei tre narcise*, aunque sólo éramos dos.

Martes 20

En el alféizar, los herrerillos comunes vienen a buscar las rosadas migas de las galletas de Reims que picotearán entre las rosadas flores del ciruelo.

Miércoles 21

El *escritorio tocador*¹ es «un pequeño mueble con cajones en el que guardamos cartas y pequeños recuerdos a los que damos valor». Desafortunadamente, sólo se encuentran en anticuarios; desde finales del siglo XVIII ya no se fabrican.

Jueves 22

Las enérgicas iniciales rojas inscritas sobre un fondo gris en el respaldo del asiento que tengo delante en el tren son un grafiti, hecho, pues, a toda prisa, clandestinamente. Sin embargo, la caligrafía es perfecta; un mensaje que sólo tiene significado para la persona que lo escribió. Quienes han querido borrar estos grafitis han desistido: había demasiados; eran demasiado bellos.

¹ Lo que traduzco por *escritorio tocador*, a falta de un término en español para *bonheur-du-jour*, nombre del mueble que aquí describe Jacques Brosse y término utilizado para el título del libro francés, es, según el diccionario Littré, «un tipo de mueble pequeño donde se guardan los papeles y los pequeños objetos a los que se les tiene cariño». El sintagma *le bonheur du jour* significa, por su parte, «la felicidad del presente» o «la alegría del momento», título este último que hemos escogido para la presente traducción al español. La expresión aparecerá dos veces hacia el final del libro. Conviene tener en cuenta la ambigüedad con la que juega el autor, tanto en esta expresión como en otras que utiliza y que serán objeto de diferentes notas al pie. [Todas las notas son del traductor.]

Cuando esta mañana temprano partía hacia la estación, la luz clara que, al devorar los edificios parisinos, les devolvía el resplandor de lo nuevo al tiempo que lo purificaba y transfiguraba todo, suscitó en mí una sensación imprevista que, desde hacía varias décadas, no tenía. Creo que me recuerda algo que no consigo recobrar, algo así como un momento de dicha olvidado.

De repente, de las profundidades resurge el recuerdo. Esa luz es exactamente la misma que la de una mañana de primavera en Milán. Yo tenía veintitrés años. La claridad cristalina que hacía ver a las personas y las cosas tal como eran en todo su esplendor me parecía haberla descubierto aquel día, que era, lo recuerdo, un Jueves Santo. Me sumió en un estado de euforia que creía no haber experimentado nunca y me trajo al pensamiento cierta melodía de Vivaldi que mi amigo Francesco me había puesto aquella mañana. Había intentado dar de nuevo con esa música, pero en vano, pues ni siquiera sabía su título, y había llegado a preguntarme si era realmente de Vivaldi, si existía siquiera en algún lugar que no fuera mi memoria. Entonces, un día, un disco que acababa de comprar me la recordó por casualidad. Era la *Sinfonía alla rustica*. Desde entonces, sólo de vez en cuando escucho esta música, que me es tan preciada, para que no pierda su frescura. Hace mucho que no me la pongo.

No hay nada sorprendente en todo esto, salvo que, cincuenta años después, esa luz haya reaparecido exactamente igual y me haya provocado el mismo júbilo sin más motivo que su sola presencia, como si hubiera florecido en mí algo que creía irremediabilmente marchito.